

La Misteriosa Casa de Under



Fernando Olavarría Gabler



Atribución - NoComercial - SinDerivadas 2.0

Unless otherwise specified,
all content is made available
under the Creative Commons License.

Inscripción Registro de Propiedad Intelectual N° 154552. Chile.
© Fernando Olavarría Gabler.

La Misteriosa Casa de Under

Fernando Olavarría Gabler

Este cuento se puede leer escuchando música.

- Descargue a su computador el PDF y haga click en la llave de sol de la pág.19 para escucharla.

Desde las alturas de las montañas del Oeste baja serpenteando un río formado por los deshielos, como un hilo de plata. Se escurre por abruptos abismos y finalmente llega manso y sumiso al mar por un verde valle aledaño a la costa. Es el valle de Under. Sobre él está situado un pueblecito que en un principio fue una caleta de pescadores. A este pueblo, ahora transformado en balneario, iba la familia de Fernando a pasar las vacaciones de verano. Fernando, un niño de diez años de edad, disfrutaba plenamente de la naturaleza que rodeaba el lugar. En las mañanas iba con su hermano mayor y sus padres a gozar de la playa, y en las tardes, a la hora de la siesta, el niño como un rapazuelo se escapaba de la casa y excursionaba por las riveras del río que a esas alturas estaba transformado en un apacible estero. Sus orillas, adornadas de juncos y totora, formaban graciosas lagunillas donde moraban aves acuáticas silvestres que compartían el lugar con patos domésticos de algunas casas instaladas en la rivera.

A una de esas casas fue Fernando y su mamá, a comprar camarones de río ya que el dueño era un pescador que se dedicaba a ese oficio y los vendía a los veraneantes. La casa estaba instalada sobre el agua mediante recios palafitos. Hacia el estero se asomaba una amplia terraza hecha de tablones de madera y sin barandas, donde un hijo del pescador estaba esa mañana sentado con los pies colgando y pescando con una lienza.

A Fernando le llamó la atención la terraza, donde se podía pescar sin necesidad de ir lejos del hogar, y donde dos hijitos menores de la familia del pescador jugaban sin temor que cayeran al agua. También dos gallinas picoteaban sobre los tablones sin que a éstas se les ocurriera revolotear e ir a parar al estero.

Mientras la mamá conversaba con el dueño de casa y cancelaba la compra, Fernando se acercó al niño para preguntarle si había pescado algo. El niño, que se llamaba Marcelo, le respondió que

nada todavía, pero que ayer había pescado tres pejerreyes.

-¿Y pescas también camarones?

-No. Los camarones los pesco con mi papá en unas lagunas río arriba, hacia el interior-contestó Marcelo.

-¿Podría ir a pescar contigo?

-Sí- respondió Marcelo lacónicamente. -Te espero mañana después de almuerzo. Iremos en “la chata” y llevaremos dos jaulas de las que usa mi papá.

Al día siguiente estaba listo Fernando para salir de excursión con su amigo.

-Toma este remo- le dijo Marcelo- y yo empujo con la pértiga. Cuando se desvíe demasiado el bote, tú remas en sentido opuesto.

Partieron los niños río arriba navegando en su pequeña embarcación de fondo plano. El sol de verano quemaba fuerte cuando

al cabo de algunas horas llegaron a una amplia laguna escondida entre los totorales.

-Este polvillo les agrada a los camarones- dijo Marcelo, al sacar de uno de sus bolsillos un frasco que contenía unas hierbas molidas y secas. Con ellas espolvoreó unos pedazos de pan que fueron introducidos en las jaulas, y luego éstas, con una lienza amarrada a cada una de ellas, fueron depositadas en el fondo de la laguna.

Pasaron las horas, y los niños aprovecharon el día bañándose en las verdes aguas de la laguna. Al atardecer ya habían pescado quince camarones. Una cifra bastante exitosa según Fernando, ya que era la primera pesca de camarones de su vida. El niño estaba feliz. Al examinar de cerca a uno de los crustáceos se dio cuenta de que debajo de su cola pululaba una multitud de pequeñísimos seres. Le manifestó el descubrimiento a su amigo y él le

hizo ver a Fernando que ese camarón era una hembra que tenía en la superficie de su vientre a sus pequeñas crías. Eran diminutos camaroncitos recién nacidos.

-Echaremos a mamá con sus hijitos nuevamente al agua- dijo Marcelo. -No es el momento de comerla. Diciendo esto la lanzó de vuelta a las aguas de la laguna.

El estero donde estaban los niños hacía una brusca curva, debido a que en uno de sus costados un empinado cerro obstaculizaba el recorrido del agua. Por eso, un espectacular precipicio, producido por algún derrumbe en tiempos pasados, caía vertical desde lo alto. En pleno vértice, donde se iniciaba este muro vertical, Fernando divisó una casa de madera, que, por su aspecto ruinoso y destartalado, parecía estar deshabitada.

En la tenue luz rosada del atardecer, Fernando observó que una de las ventanas que daba al precipicio, permanecía abierta y



uno de sus postigos se balanceaba con la leve brisa que corría en esos instantes. Cuando estaba contemplando todo aquello, tuvo la sensación de ver un rostro que se asomaba por la ventana.

-¿Alguien vive en esa casa? Le preguntó a Marcelo.

-No. Hace muchos años que esa casa está abandonada- respondió Marcelo. Antes vivía allí una mujer que se ganaba la vida en el pueblo exhibiendo un teatro de marionetas. Mi padre asistió a esos espectáculos cuando era niño. Las marionetas eran muy lindas. Siempre las recordaba y las describía con gran placer.

-¿Qué fue de ellas? Preguntó Fernando.

-También cuenta mi papá que la dueña del teatro de marionetas, las ganancias de sus funciones las gastaba principalmente en beber vino y celebraba en las noches sus éxitos en la taberna del pueblo.

Un año muy lluvioso, en pleno invierno, sobrevino un

temporal que provocó mucho daño en el valle, y uno de ellos fue el derrumbe del cerro que ves al frente. Esto cortó el camino que iba a la casa y la dueña de las marionetas quedó aislada sin poder bajar al pueblo. Debido al fragor de la tempestad no pudieron ayudarla.

Dicen que se asomaba por esa ventana pidiendo a gritos auxilio pero nadie la escuchaba por el aullido del viento y el rugir de las olas del mar. Las malas lenguas comentaron que en vez de pedir auxilio, se asomaba por la ventana pidiendo más vino; es un comentario absurdo. En una de éstas se precipitó al vacío, cayó desde lo alto sobre esta laguna y no se la vio más. Pereció ahogada en el lugar donde estamos. Por eso a esta laguna la llaman la laguna de la bruja.

-¿Vivía alguien más con ella? Preguntó Fernando-, porque me pareció divisar un rostro que se asomó por la ventana cuando yo contemplaba la casa.

- Imposible- respondió Marcelo. Nadie puede llegar a

esa casa debido a que el camino está cortado. Desapareció con el derrumbe.

-Pero se puede subir la montaña y bajar por el otro lado.

-Nadie lo ha hecho- dijo Marcelo. La gente piensa que la casa está embrujada.

-Podríamos ir a visitarla.

-Yo te podría acompañar porque sé cómo escalar la montaña pero no entraría en la casa porque me lo tienen prohibido.

-Acompáñame hasta la cumbre. Yo bajaré solo y entraré a la casa- dijo Fernando.

Marcelo accedió a la petición de Fernando de acompañarlo y así tenemos a los dos niños en una fresca mañana ascendiendo por un sendero que sólo conocía Marcelo y algunos arrieros.

Arriba, en la cima, el espectáculo era magnífico. Hacia el Oeste, la playa interminable y el horizonte del mar. Hacia el Este, las montañas nevadas. Abajo, el verde valle de Under con sus espejos de agua y el pueblo, y a los pies, una declinación de la montaña terminaba en el precipicio, el camino cortado por el derrumbe, y la casa misteriosa, vieja y desvencijada. ¡Estaba allí! A unos pocos metros de distancia.

-Te espero aquí, en la cima- dijo Marcelo. No me atrevo a desobedecer a mis padres. Si después de algunas horas no apareces o la casa se derrumba por tus pisadas, correré al pueblo en busca de ayuda.

Fernando no reprochó a su amigo por negarse a acompañarlo en su aventura. Sabía muy bien que el motivo era justificado.

Bajó cautelosamente el lomaje cubierto de pasto y

salpicado con algunas rocas. Llegó frente a la puerta de entrada. La casa estaba ruinoso y en pésimo estado. Entera hecha de madera, oscura y reseca, parecía una gigantesca semilla que estaba a punto de deslizarse o echar a volar a la primera ráfaga de viento. Un postigo crujía lastimeramente en el otro extremo, probablemente en la ventana que se asomaba al precipicio.

La puerta estaba entreabierta y Fernando, después de anunciarse a gritos con varios ¡"Aló"! , al no recibir respuesta decidió entrar, pero la puerta estaba trancada al estar semienterrada en el suelo, y el niño, deslizándose de lado atravesó el umbral y llegó al interior en plena oscuridad...

El postigo seguía gimiendo y por las numerosas rendijas de las tablas entraban rayitos de la luz de la mañana. Cada

pisada que daba el niño cautelosamente hacia adelante, el piso le respondía con exagerados crujidos que infundían miedo.

Estaba en una sala en el centro de la casa. A la derecha visualizó los escalones que lo llevaban al segundo piso. Al fondo había un ventanal con los postigos cerrados. A medida que el niño se acostumbraba a la oscuridad pudo reconocer algunos detalles. Más allá de la escalera divisó otro aposento que supuso que era el comedor porque había una mesa y cuatro sillas. En ese mismo aposento, arrimado a una pared, había un baúl con la tapa abierta y en su interior el niño descubrió varias marionetas cubiertas de polvo y telarañas. Sobre la mesa vio otras dos marionetas que no se veían en tan mal estado como las otras. Eran dos niñas, una de ellas rubia y la otra de pelo rojo, ambas tenían ojos grandes y hermosos, del más puro cristal. El niño las cogió y soplando sobre sus rostros y sus cabelleras las limpió de polvo.

La rubia tenía los ojos azules y la pelirroja con sus ojos cafés era de aspecto dulce y delicado y parecía sonreírle al niño. Los alambres que gobernaban la cabeza, los pies y las manos estaban roídos por el moho. El niño estaba embelesado contemplándolas y no se había dado cuenta de que al lado de la escalera, en un rincón oscuro de la pared, colgaba un reloj cucú. En esos instantes se abrió la portezuela del reloj y se asomó el cucú que empezó a cantar. Eran las once de la mañana. El niño, tomado de sorpresa y con gran susto, salió corriendo de la casa y alcanzó la cima de la montaña. Su amigo no estaba allí. Se había ido, seguramente por estar cansado o aburrido de tanta espera.

Fernando conocía ahora el camino de vuelta. Era cuestión de seguir por el sendero y llegó a su casa sin contratiempos.

Pasaron los días y Fernando no podía olvidar las imágenes de las dos muñecas que había descubierto en la casa misteriosa. Sus lindos ojos de cristal y sus mejillas pintarrajeadas hacían contraste con la suavidad de sus cabelleras. En las noches soñaba despierto con ellas y se imaginaba que lo llamaban desde la lejanía.

Ese día había olvidado cepillarse los dientes después de la cena y su mamá le ordenó levantarse de la cama para que se los lavara antes de acostarse a dormir. Se levantó de mal humor, dejó a un lado su libro de aventuras de Tarzán y fue al baño. Las paredes de la sala de baño estaban cubiertas por azulejos hasta la mitad de su altura y el niño se entretenía en observar la imagen borrosa que se reflejaba difusamente en la superficie brillante de estos azulejos.

De pronto, mientras repasaba su limpieza dental y tenía la boca llena de agua, vio en el reflejo de los azulejos una

mujercita de un porte similar a él, que le hacía señas para que se acercara. Era una niña de cabellera roja que lo miraba con sus hermosos ojos de cristal.

Fernando no tenía duda alguna que era la marioneta que había encontrado sobre la mesa en la casa de la montaña. Se enjuagó la boca, dejó la escobilla de dientes sin lavar en el lavatorio, se acercó a los azulejos y ¡los atravesó!

-¿Cómo sabías que yo vivía aquí? Se atrevió a preguntar.

La marioneta sonreía, y con los brazos inclinados hacia los lados hizo una graciosa venia, como el saludo de las damas antiguas.

El niño observó que aún colgaban los alambres

mohosos en sus brazos. También pudo darse cuenta con asombro, de que estaban nuevamente en el interior de la casa hechizada porque divisó la mesa del comedor y el reloj cucú.

-Bienvenido a mi mundo, Fernando- dijo la marioneta.
-¿Cómo sabes mi nombre?¿Cuál es el tuyo? Preguntó

el niño.

-Me llamo Underling.

-Extraño nombre para una niña como tú. ¿De dónde lo sacaron?

-De los fiordos de las tierras del Norte. Cuando yo era una niña vivía en esas lejanas tierras.

-¿Y eso fue hace mucho tiempo?

-Sí .Mucho tiempo. Tanto que no lo recuerdo, porque en mi mundo, ni el tiempo ni el espacio existen como tú crees. Te voy a presentar a un amigo que te asustó la mañana pasada. ¿Te acuerdas del

cucú?

-Sí. Me acuerdo muy bien- replicó Fernando algo molesto.

En esos momentos cantó el cucú. Se había abierto la portezuela del reloj y bajó revoloteando al lado de ambos niños. Era un enorme cucú, tan grande como un sillón.

-Te presento a Ottorino, dijo Underling. Es mi cabalgadura alada. Con él viajaremos por el mundo a través del tiempo y por existencias reales pero desconocidas para los seres humanos.

El niño no cabía en si de estupor.

-No tengas miedo- continuó Underling- y montándose sobre el cucú invitó al niño que subiera también detrás de ella y Fernando sin titubear un instante y abrazándose a la cintura de su compañera emprendieron el vuelo saliendo por la ventana del postigo

abierto. 

Anochecía y decenas de murciélagos salían por debajo de los aleros de la casa hechizada. En esos momentos el niño oyó una música maravillosa, en ella se escuchaba el característico canto del cucú.

-¿Cómo se llama tu cucú? Le gritó el niño a Underling.

-¡Ottorino!

-¿Ottorino?

-¡Sí!

-¿Por qué le pusiste ese nombre?

-Yo no se lo puse. Se lo puso el autor de la música que estás oyendo.

-¿Quién es él?

-Ottorino Respighi compuso “Los Pájaros”. Él es el autor del pájaro en que estamos volando.

-Atención. Volaremos sobre la laguna donde días atrás estaban pescando camarones.

En efecto, el pajarillo con los niños montados sobre su lomo volaba a baja altura sobre los juncos y totoras.

En el centro de la laguna, Fernando divisó un bonete y una extensa capa de color azul que flotaban sobre la superficie del agua.

-Allí se hundió la dueña de nosotras al caer desde lo alto, indicó Underling. Es todo lo que quedó de ella. Usaba ese bonete y la larga capa para anunciarnos cuando empezaba la función.

-Cosa extraña- observó el niño-, nosotros no vimos eso cuando nos estábamos bañando.

-No lo vieron- explicó Underling, porque ahora estamos volando en otro tiempo, diferente cuando ustedes se bañaban.

-No te preocupes por todo lo que puedas ver en este

vuelo mágico. Remontaremos la cumbre y llegaremos a una selva que jamás hombre alguno ha estado en ella.

En esos instantes, Ottorino, el cucú, alzó el vuelo vertiginosamente y ya arriba en las montañas se internó por una selva casi impenetrable. Con gran habilidad esquivaba las ramas y las hojas hasta que llegó a un valle con escasos árboles gigantescos. Era de noche pero el césped estaba iluminado con miles de pequeñas lucecillas que brillaban aún más con el vuelo rasante del cucú. Fernando estaba fascinado y miraba hacia abajo y hacia atrás a cada instante para extasiarse con esa escena maravillosa.

-¡Qué fantástico es todo esto!, ¿qué son esas luces?

-Son luciérnagas- respondió la niña. Después de volar sobre ellas entraremos por una caverna a una inmensa laguna subterránea donde te depara una sorpresa, pero antes cazaremos un puñado de luciérnagas para iluminar nuestra trayectoria. Entonces el

cucú, volando bajo y lento, permitió que los niños recogieran con sus manos estos gusanos luminosos. El pajarito también cogió con su pico algunas luciérnagas para alumbrar su vuelo, y sin dejar de cantar se introdujo por la abertura de una gran caverna. Fernando, con mucho susto, se afirmó más a su compañera e inclinó la cabeza porque temía chocar de frente ante un obstáculo invisible, mas, se dio cuenta de que el pajarillo volaba con gran seguridad y ahora planeaba sobre un extenso lago de aguas negras como el alquitrán. Sobre ellas flotaban cientos de objetos que al chocar entre si emitían armoniosos sonidos. Eran patos, grandes como botes, que flotaban unos al lado de otros sobre las negras aguas y hacían contraste con el color de la laguna porque estaban hechos de oro macizo que brillaba con la luz de las luciérnagas que los niños llevaban en sus manos.

-¿Quién trajo los patos a este lugar?- preguntó Fernando.



-Fueron los incas. Ellos ordenaron que se guardara este tesoro aquí para que no cayera en manos de los conquistadores españoles. Nadie los ha descubierto hasta ahora, solamente tú y yo conocemos el secreto.

- Maravilloso secreto, murmuró Fernando.

- Ojalá nadie lo descubra. Tanta riqueza acumulada sólo dará paso a la ambición, al odio, a la muerte y a la venganza- dijo Underling.

Saldremos de esta caverna y volaremos presurosos hacia un muelle donde un niño está a punto de caer al agua y ahogarse.

-¿Cómo lo sabes?, preguntó Fernando.

-He recibido mensajes que ése es su destino, si no acudimos pronto a socorrerlo, morirá. ¡De prisa Ottorino! ¡Vuela rápido para llegar a tiempo!

El pájaro dejó de cantar e inició un vuelo vertiginoso

por el bosque y sobre las montañas. Dejó atrás el verde valle de Under y se elevó lejos a través del tiempo por dimensiones de espacios desconocidos. Allí había un niño pequeño junto a sus padres que estaban paseando sobre un muelle de cemento. Ellos no se habían dado cuenta de que en esos momentos el niño, en forma imprevista corría hacia el borde y empezaba a caer desde gran altura. Underling había llegado a tiempo, y cuando el niño perdía el equilibrio, la marioneta guió con fuerza al pájaro que chocó con el bebé haciéndolo caer sentado sobre la superficie del muelle. Recién entonces se dieron cuenta los distraídos padres del peligro en que había estado su hijo y tomándolo en brazos lo acariciaron sin saber que el niño lloraba de dolor por el golpe que había recibido del cucú. Pero el golpe también lo había recibido la pierna izquierda de Underling que quedó desarticulada en la cadera. La marioneta sufría en esos instantes un gran dolor, mas sus lindos ojos de cristal expresaban satisfacción

porque le había salvado la vida a un niño.

-Nuestro viaje ha llegado hasta aquí-dijo Underling. Espero que te haya agradado. No puedo más del dolor. Debo regresar...

Fernando despertó en su cama. La mañana anunciaba un lindo día de sol. Su libro de aventuras de Tarzán yacía en el suelo, al lado de la cama, sobre la alfombra. La mamá lo había amonestado por haber dejado la escobilla de dientes sin enjuagar y no la había puesto en el lugar donde correspondía. Pero Fernando estaba preocupado por su amiga Underling. ¿Qué sería de ella? ¿Cómo estaba su cadera?

Debía levantarse y tomar desayuno en el comedor. Pasó al baño para lavarse y vestirse. Con bastante sueño miró hacia el espejo. Mostró los dientes y pensó que mejor sería lavárselos después

del desayuno. En esos instantes, detrás de él, percibió a través del espejo, un reflejo en los azulejos del baño. Era una cabellera rubia y unos ojos celestes. No. No era su amiguita Underling, era la otra marioneta, la de cabello rubio y ojos azules de cristal.

-¿Cómo está Underling?, se atrevió a preguntar con voz temerosa.

-Ella te necesita- respondió la niña al otro lado de las baldosas. Requiere nuestra ayuda para sanar de su herida.

-¿Tú eres la otra marioneta rubia que encontré sobre la mesa?

-Sí. Pero no soy una marioneta. Mi nombre es Crista Lin y soy un hada que vengo del país de las hadas. Debo ir allá para obtener el elixir mágico que sanará a mi amiga

-Quiero acompañarte para ir a buscar ese elixir- dijo Fernando. ¿Cómo llegaremos hasta allá?

-A mi país llego con facilidad con mis alas de hada pero tú no puedes llegar de ese modo. Si deseas acompañarme deberías recurrir a Ottorino, el cucú.

-Entonces.¿Cómo lo haremos?

-Yo te acompañaré en tu vuelo y no utilizaré mis alas, respondió Crista Lin. Ven. Atraviesa los azulejos e iremos sobre el cucú.

Se oyó nuevamente la música de Respighi, y Crista Lin y Fernando, montados sobre el cucú, volaron sobre el mar en una mañana grandiosa, plena de luz, de pureza y felicidad.

El niño nunca había experimentado sensaciones tan maravillosas como en ese viaje de gran contento, con estupendas flores, y magníficos insectos de llamativos colores. Una música celestial invadía todo el ambiente. El cucú volaba sobre praderas llenas de niños que jugaban con variados juguetes. Algunos encumbraban vistosos cometas y el pajarillo esquivaba graciosamente los hilos en su rápido vuelo.

Llegaron a una extensa ciudad hecha enteramente de cristal, donde sus torres y los tejados de los castillos relucían a los rayos plateados de un sol eternamente matinal.

Aterrizaron en el interior de una inmensa sala de un suntuoso palacio. Las altas paredes estaban cubiertas por estantes que contenían miles de frascos, cada uno etiquetado, donde se explicaba su contenido.

-Vuela hacia allí- ordenó Crista al cucú-. Mantente

suspenso en el aire frente a ese frasco con el polvo verde oscuro que tiene un corcho lacrado. De él sacaremos una muestra para preparar un unguento. Todo eso lo observaba el niño cuando Crista Lin sacaba un polvo verde, brillante como jade o esmeralda y lo guardaba en una alforja.

Al lado de ese frasco había otro que contenía algo similar al polvo de oro .

-¿Para qué sirve ese otro frasco? Preguntó Fernando.

-Sirve para convertir a los seres fantásticos en seres humanos o en lo que tú más desees- respondió Crista.

-Quiero un poco de ese polvo, pidió el niño. Crista Lin lo destapó , vertió el polvo dorado en el hueco de la mano de Fernando y éste lo vació en uno de sus bolsillos.

Regresaron por el mismo trayecto que habían llegado. Era tan luminoso y alegre de ida como de vuelta, y llegaron a la casa de

la montaña. El cucú entró por la ventana abierta del precipicio y dejó a los dos viajeros en la mesa del comedor. Allí estaba Underling la marioneta.

Crista Lin se acercó silenciosamente y con gran cariño vertió el polvo sobre la cadera herida. Fernando la contemplaba emocionado y con suavidad besó una de sus mejillas de palo.

-Muchas gracias amigos míos- murmuró Underling. Han sido muy buenos conmigo.

-Te queremos mucho-respondieron Crista Lin y Fernando

-El mágico polvo verde y el amor de ustedes me han sanado dijo Underling, y con gran dicha se puso de pies sobre la mesa, totalmente sana de sus heridas.

Crista Lin y Fernando reían alborozados ante tan pronta mejoría, y Ottorino aleteando suavemente cantaba con su

clásico canto que ahora más bien parecía un tierno susurro.

-Te traigo algo más- dijo Fernando acariciándole los vestigios de alambre mohoso que aún colgaban de sus muñecas, y sacando de su bolsillo un poco del polvo dorado lo pasó por sus manitas de madera y le pintó cariñosamente la punta de la nariz.

¿Qué pensó Fernando mientras acariciaba la cabellera pelirroja de la marioneta y la teñía de un tenue color dorado?

¿Deseó transformarla en hada o en un ser humano?

¿Qué piensas tú lector?

El cucú dejó de cantar y presuroso se introdujo en el reloj. La casa empezó a crujir y a temblar, estaba a punto de desplomarse precipicio abajo. Las imágenes de ambas niñas comenzaron a desvanecerse y Fernando se encontró en su casa. Su mamá lo llamaba para ir a la playa.

Allí había un grupo de niños en traje de baño jugando

fútbol. Uno de ellos reconoció a Fernando y le gritó invitándolo a que se integrara al grupo. Era Marcelo.

El niño corrió hacia ellos y empezó a jugar. En un principio no sabía quiénes eran sus amigos o sus contendores. Pronto los fue reconociendo y después de algunos goles todos se fueron a bañar.

Fin



Atribución - NoComercial - SinDerivadas 2.0

Unless otherwise specified,
all content is made available
under the Creative Commons License.

Inscripción Registro de Propiedad Intelectual N° 154552. Chile.
© Fernando Olavarría Gabler.

Las asombrosas Aventuras de Federico y otros cuentos maravillosos.

1. Federico
2. Juanita y el Duende Negro
3. Alejandra y el Brujo de los Calzones Morados
4. Una Vida, Cien Vidas, Infinitas Vidas. El Pato Gordo y el Pescador
5. La Puerta Transparente
6. Mariela
7. Rodrigo y el Hospital de las Brujas
8. El Payaso
9. Un Misterioso Plato de Miel
10. La Gallina de las Tripas de Bronce
11. Miguelina
12. La Caperucita Rosada
13. Tarari Tarará
14. Fortunata y el Príncipe de los sapos
15. Ingrid y los Siete Gansos
16. La Flauta de Oro
17. El Cumpleaños de Cristina
18. Una Voz en el Bosque
19. El Caracol Nacarado
20. Anabella y el Duende Azul
21. Extraño Viaje
22. Pin Pin
23. La Bruja Roja y el Sastrecillo Mentiroso
24. El Caballo Encantado de Viña del Mar
25. La Muñequita
26. El Príncipe Rojo
27. El Valle del Brujo Blanco
28. El Hada Azul
29. La Grandiosa Sinfonía de la Niebla y la Hija de la Música
30. El Baúl de las Hadas
31. La Receta de Cocina
32. Los Invasores
33. Monsieur Le Coucourouch
34. El Gato de Camila y las bellísimas Chinchillas
35. Un regalo para la princesita
36. La Misteriosa casa de Under
37. La Fiesta de la Cebolla
38. La Imagen de la Bruja Elevada a la Séptima Potencia
39. El Duque de la Naranja y la Emperatriz Mandarina
40. Marietta
41. El Salterio Volador
42. Adelina